

Cristianismo y cultura

“Si la vida celestial no ha crecido en ti, no significa nada lo que has elegido en lugar de ella, ni por qué lo has elegido.” — William Law

A una edad temprana llegué a creer que la vida de la cultura (es decir, de la actividad intelectual y estética) era muy buena por sí misma, o incluso que era el bien para el hombre. Después de mi conversión, que se produjo a finales de mis veinte años, seguí manteniendo esta creencia sin preguntarme conscientemente cómo podía conciliarse con mi nueva creencia de que el fin de la vida humana era la salvación en Cristo y la glorificación de Dios. Desperté de este estado mental confuso al descubrir que los amigos de la cultura me parecían exagerados. En mi reacción contra lo que me parecía exagerado me llevé al otro extremo, y comencé, en mi propia mente, a menospreciar las pretensiones de la cultura. Tan pronto como hice esto me enfrenté a la pregunta: "Si es una cosa de tan poco valor, ¿cómo se justifica que gastes tanto de tu vida en ella?"

La actual estima desmesurada de la cultura por parte de los cultos comenzó, creo, con Matthew Arnold, al menos si no me equivoco al suponer que él fue el primero en popularizar el uso de la palabra inglesa *spiritual* en el sentido del alemán *geistlich*. Se trataba nada menos que de la identificación de los niveles de vida que hasta entonces se solían distinguir. Después de Arnold vino la moda de Croce, en cuya filosofía las actividades estéticas y lógicas se convirtieron en formas autónomas del "espíritu" coordinadas con las éticas. Siguió la poética del Dr. I. A. Richards. Este gran crítico ateo encontró en el buen gusto poético el medio de lograr ajustes psicológicos que mejoraban el poder del hombre para vivir de manera efectiva y satisfactoria en general, mientras que el mal gusto resultaba en una pérdida correspondiente. Como su teoría del valor era puramente psicológica, esto equivalía a dar a la poesía una especie de función soteriológica; tenía las llaves del único cielo en el que el Dr. Richards creía. Su trabajo (que respeto profundamente) fue continuado, aunque no siempre en las direcciones que él aceptaba, por los editores de *Scrutiny*,¹ que creen en "una relación necesaria entre la calidad de la respuesta del individuo al arte y su aptitud general para la vida humana". Por último, como era de esperar, un escritor cristiano expresó un punto de vista algo similar: de hecho, el Hermano Every en *THEOLOGY* de marzo de 1939. En un artículo titulado "The Necessity of Scrutiny" (La necesidad del escrutinio), el Hermano Every se preguntaba qué debían pensar los admiradores del Sr. Eliot de una Iglesia en la que los que parecían estar teológicamente equipados preferían a Housman, al Sr. Charles Morgan y a la Srta. Sayers, antes que a Lawrence, Joyce y al Sr. E. M. Forster; hablaba (creo que con simpatía) del "individuo sensible e inquisitivo" que se siente desconcertado al encontrar los mismos juicios emitidos por los cristianos que por "otras personas convencionales"; y hablaba de "poner a prueba" a los estudiantes de teología en cuanto a su capacidad para evaluar un nuevo escrito sobre un tema secular.

En cuanto leí esto, había el diablo para pagar. No estaba seguro de entender—y todavía no estoy seguro de entender—la posición del hermano Every. Pero sentí que algunos lectores podrían fácilmente tener la noción de que la "sensibilidad" o el buen gusto estaban entre las notas de la verdadera Iglesia, o que las personas toscas y sin imaginación tenían menos probabilidades de salvarse que las refinadas y poéticas. En el calor del momento me precipité al extremo opuesto. Sentí, con cierto orgullo espiritual, que me había salvado a tiempo de ser "sensible". El "sentimentalismo y la tacañería" de gran parte de la himnología cristiana habían sido un punto fuerte en mi propia resistencia a la conversión. Ahora me sentía casi agradecido por los malos himnos.² Era bueno que tuviéramos que dejar nuestro precioso refinamiento a las puertas de la

1 Tomo el *Scrutiny* tal y como está representado en el artículo del Hermano Every. Una crítica independiente de ese periódico no es parte de mi propósito.

iglesia; bueno que nos curáramos desde el principio de nuestra ya inveterada confusión entre *psyche* y *pneuma*, naturaleza y sobrenaturaleza.

Un hombre nunca es tan orgulloso como cuando adopta una actitud de humildad. El hermano Every no sospechará que sigo en la condición que describo, ni que sigo atribuyéndole las absurdas creencias que acabo de sugerir. Pero queda, sin embargo, un problema real que su artículo me obligó a plantear en su forma más aguda. Es de suponer que nadie sostiene realmente que el buen gusto por las artes sea una condición de salvación. Sin embargo, la gloria de Dios y, como nuestro único medio para glorificarlo, la salvación de las almas humanas, es el verdadero negocio de la vida. ¿Cuál es entonces el valor de la cultura? No es, No es, por supuesto, una pregunta nueva; pero como pregunta viva era nueva para mí.

Naturalmente, me dirigí primero al Nuevo Testamento. Aquí encontré, en primer lugar, la exigencia de que todo lo que es más que todo lo que se valora más en el plano natural debe ser mantenido, por así decirlo, sólo con sufrimiento, y debe ser abandonado sin piedad en el momento en que entra en conflicto con el servicio de Dios. Los órganos del sentido (Mateo v, 29) y de la virilidad (Mateo xix, 12) pueden tener que ser sacrificados. Y entendí que lo mínimo que estas palabras podían significar era que una vida, según los criterios naturales, lisiada y frustrada no sólo no era un obstáculo para la salvación, sino que podía ser fácilmente una de sus condiciones. El texto sobre el odio al padre y a la madre (Lucas xiv, 26) y el aparente menosprecio de nuestro Señor incluso de su propia relación natural con la Santísima Virgen (Mateo xii, 48) eran aún más desalentadores. Daba por sentado que cualquier persona en su sano juicio consideraría mejor ser un buen hijo que un buen crítico, y que todo lo que se dijera del afecto natural estaba implícito *a fortiori* de la cultura. Lo peor de todo fue Filipenses iii, 8, donde algo obviamente más relevante para la vida espiritual de lo que puede ser la cultura—"irreprochable" conformidad con la ley judía—fue descrito como "mugre". En segundo lugar, encontré una serie de advertencias enfáticas contra todo tipo de superioridad. Se nos dijo que fuéramos como niños (Mateo xviii, 3), que no nos llamaran rabinos (Mateo xxiii, 8), que temiéramos la reputación (Lucas vi, 26). Se nos recordó que pocos de los *sophoi katà sárka*—que, supongo, significa precisamente los intelectuales—son llamados (I Cor. i, 26); que un hombre debe convertirse en un tonto según los estándares seculares antes de que pueda alcanzar la verdadera sabiduría (I Cor. iii, 18).

En contra de todo esto, encontré algunos pasajes que podían interpretarse en un sentido más favorable a la cultura. Argumenté que el aprendizaje secular podría estar encarnado en los Reyes Magos; que los Talentos de la parábola podrían incluir "talentos" en el sentido moderno de la palabra; que el milagro de Caná de Galilea, al santificar un placer inocente y sensual,³ podría considerarse que santifica al menos un uso recreativo de la cultura, un mero "entretenimiento"; y que el disfrute estético de la naturaleza fue ciertamente santificado por la alabanza de nuestro Señor a los lirios. Al menos algún uso de la ciencia estaba implícito en la exigencia de San Pablo de que percibiéramos lo Invisible a través de lo visible (Rom. i, 20). Pero yo tenía más que dudas sobre si su exhortación "no seáis niños de mente" (I Cor. xiv, 20), y su alarde de "sabiduría" entre los iniciados, se referían a algo que deberíamos reconocer como cultura secular.

2 Deberíamos ser cautos a la hora de suponer que sabemos lo que sus expresiones más banales representan realmente en las mentes de las personas santas sin educación. De la conversación de un santo, Patmore dice: "Lo más probable es que se detenga con reiteración en lugares comunes con los que estabas perfectamente familiarizado antes de los doce años; pero debes... recordar que el conocimiento que para ti es una superficie es para él II sólido" (Vara, Raíz y Flor, Magna Moralia xiv).

3 Sobre un posible significado más profundo en este milagro, véase F. Mauriac, *Vie de Jesus*, cap. 5, adjiiiI.

En general, el Nuevo Testamento parecía, si no hostil, sí inequívocamente frío a la cultura. Creo que podemos seguir creyendo que la cultura es inocente después de haber leído el Nuevo Testamento; no veo que se nos anime a pensar que es importante.

No obstante, podría ser importante, ya que Hooker ha respondido finalmente a la afirmación de que la Escritura debe contener todo lo importante o incluso todo lo necesario. Recordando esto, continué mis investigaciones. Si mi selección de autoridades parece arbitraria, no se debe a un prejuicio sino a mi ignorancia. Utilicé los autores que conocía.

De los grandes paganos, Aristóteles está de nuestro lado. Platón no tolerará ninguna cultura que no contribuya directa o indirectamente a la visión intelectual del bien o a la eficiencia militar de la comunidad. El Sr. Joyce y D. H. Lawrence habrían salido mal parados en la República. El Buda era, creo, anticultural, pero aquí especialmente hablo bajo corrección.

San Agustín consideraba la educación liberal que había recibido en su infancia como una demencia, y se preguntaba por qué debía considerarse *honestior et ubenor* que la educación "primaria" realmente útil que la precedió (Corif. I, xiii). Desconfía enormemente de su propio deleite en la música de la iglesia (ibid. X, xxxiii). La tragedia (que para el Dr. Richards es "un gran ejercicio del espíritu")⁴ es para San Agustín una especie de llaga. El espectador sufre, pero ama su sufrimiento, y esto es una *miserabilis insania ... quid autem mirum cum infelix pecus aberrans a grege tuo et inpatiens custodiae tuae turpi scabie faedarer* (ibid. III, ii).

San Jerónimo, alegorizando la parábola del Hijo Pródigo, sugiere que las cáscaras con las que se apresuró a llenar su vientre pueden significar *cibus daemonum* . - *carmina poetarum, saeculans sapientia, rhetoricorum pompa verborum* (Ep. xxi, 4).

Que nadie replique que los Padres hablaban de literatura politeísta en una época en la que el politeísmo era todavía un peligro. El esquema de valores que se presupone en la mayor parte de la literatura imaginativa no se ha vuelto mucho más cristiano desde la época de San Jerónimo. En *Hamlet* vemos todo cuestionado, *excepto* el deber de venganza. En todas las obras de Shakespeare la concepción del bien realmente operativa—digan lo que digan los personajes—parece ser puramente mundana. En el romance medieval, el honor y el amor sexual son los verdaderos valores; en la ficción del siglo XIX, el amor sexual y la prosperidad material. En la poesía romántica, o bien el disfrute de la naturaleza (que va desde el misticismo panteísta en un extremo de la escala hasta la mera sensualidad inocente en el otro) o bien la complacencia de un *Sehnsucht* despertado por el pasado, lo lejano y lo sobrenatural imaginado, pero no creído. En la literatura moderna, la vida del instinto liberado. Hay, por supuesto, excepciones: pero estudiar estas excepciones no sería estudiar la literatura como tal, y como un todo. "Todas las literaturas", como ha dicho Newman,⁵ "son una; son las voces del hombre natural... si la literatura ha de ser un estudio de la naturaleza humana, no se puede tener una literatura cristiana. Es un contrasentido intentar una literatura sin pecado del hombre pecador". Y no podía dudar de que los valores subcristianos o anticristianos implícitos en la mayoría de la literatura contagiaban a muchos lectores. Hace sólo unos días observaba, en algunos trabajos académicos, los resultados de esta infección en la creencia de que los crímenes de personajes shakespearianos como Cleopatra y Macbeth eran compensados de alguna manera por una cualidad descrita como su "grandeza". Esta misma mañana he leído en un crítico la observación de que si los malvados amantes de *El diablo blanco* de Webster se hubieran arrepentido, difícilmente los habríamos perdonado. Y mucha gente ciertamente extrae de la frase de Keats sobre la capacidad negativa o el "amor al bien y al mal" (si es correcta la lectura que le atribuye tales

4 *Principles of Literary Criticism*, p. 69.

5 *Scope and Nature of University Education*. Discourse 8

palabras sin sentido) una extraña doctrina de que la experiencia *simpliciter* es buena. No digo que la lectura comprensiva de la literatura deba producir tales resultados, sino que puede hacerlo y a menudo lo hace. Si hemos de responder al ataque de los Padres a la literatura pagana, no debemos basar nuestra respuesta en la creencia de que la literatura en su conjunto se ha vuelto, en algún sentido importante, más cristiana desde sus días.

En Tomás de Aquino no he podido encontrar nada que tenga que ver directamente con mi problema; pero soy un tomista muy pobre y agradeceré que me corrijan en este punto.

Tomás de Kempis me parece que está definitivamente en el lado anticultural.

En la *Theologia Germanica* (cap. xx) encontré que el rechazo de la naturaleza a la vida de Cristo "ocurre sobre todo donde hay altos dones naturales de la razón, pues ésta se eleva en su propia luz y por su propio poder, hasta que al final llega a creerse la verdadera Luz Eterna". Pero en un capítulo posterior (xlii) encontré el mal de la falsa luz identificado con su tendencia a amar el conocimiento y el discernimiento más que el objeto conocido y discernido. Esto parecía apuntar a la posibilidad de un conocimiento que evitara ese error.

El efecto acumulativo de todo esto era muy desalentador para la cultura. En el otro lado—quizás sólo por la distribución accidental de mi ignorancia—encontré mucho menos.

Encontré el famoso dicho, atribuido a Gregorio, de que nuestro uso de la cultura secular era comparable a la acción de los israelitas al bajar a los filisteos para que les afilaran los cuchillos. Me parece un argumento muy satisfactorio hasta donde llega, y muy relevante para las condiciones modernas. Si queremos convertir a nuestros vecinos paganos, debemos entender su cultura. Debemos "ganarles en su propio juego". Pero, por supuesto, aunque esto justificaría la cultura cristiana (al menos para algunos cristianos cuya vocación iba en esa dirección) en este momento, estaría muy lejos de las reivindicaciones que se hacen de la cultura en nuestra tradición moderna. Desde el punto de vista gregoriano, la cultura es un arma; y un arma es esencialmente algo que dejamos de lado tan pronto como podemos hacerlo con seguridad.

En Milton encontré un aliado inquietante. Su *Areopagítica* me preocupó de la misma manera que el artículo del Hermano Every me había preocupado. Parecía hacer demasiado poco con las dificultades; y su gloriosa defensa de la libertad para explorar todo el bien y el mal parecía, después de todo, estar basada en una preocupación aristocrática por las grandes almas y una despectiva indiferencia hacia la masa de la humanidad que, supongo, ningún cristiano puede tolerar.

Finalmente llegué a ese libro de Newman del que ya he citado, las conferencias sobre la *Educación Universitaria*. Aquí encontré por fin a un autor que parecía ser consciente de los dos lados de la cuestión; porque nadie insistió tan elocuentemente como Newman en la belleza de la cultura por sí misma, y nadie resistió tan severamente la tentación de confundirla con las cosas espirituales. El cultivo del intelecto, según él, es "para este mundo":⁶ entre él y la "religión genuina" hay una "diferencia radical";⁷ no hace "al cristiano... sino al caballero", y se parece a la virtud "sólo a distancia";⁸ él "no permitirá ni por un instante" que haga mejores a los hombres.⁹ Los "pastores de la Iglesia" pueden ciertamente dar la bienvenida a la cultura porque proporciona una distracción inocente en esos momentos de relajación espiritual que de otra manera muy probablemente

⁶ *op. cit.*, VIII, p. 227, en Everyman Edition.

⁷ VII, p. 184, 5.

⁸ IV, p. 112.

⁹ IV, p. 111.

conducirían al pecado; y de esta manera a menudo "aleja la mente de las cosas que la dañarán a temas dignos de un ser racional". Pero incluso al hacerlo, "no la eleva por encima de la naturaleza, ni tiene ninguna tendencia a hacernos agradables a nuestro Hacedor".¹⁰ En algunos casos, el valor cultural y el valor espiritual de una actividad pueden estar incluso en proporción inversa. La teología, cuando deja de ser parte del conocimiento liberal, y se persigue con fines puramente pastorales, gana en "meritoriedad" pero pierde en liberalidad" como un rostro gastado por las lágrimas y el ayuno pierde su belleza".¹¹ Por otro lado, Newman está seguro de que el conocimiento liberal es un fin en sí mismo; todo el cuarto Discurso está dedicado a este tema. La solución de esta aparente antinomia radica en su doctrina de que todo, incluido, por supuesto, el intelecto, "tiene su propia perfección. Las cosas animadas, inanimadas, visibles, invisibles, todas son buenas en su género, y tienen un fin de sí mismas, "que es objeto de búsqueda".¹² Perfeccionar la mente es "un objeto tan inteligible como el cultivo de la virtud, mientras que, al mismo tiempo, es absolutamente —distinto de ella".

Ya sea porque soy un teólogo demasiado pobre para entender la doctrina implícita de la gracia y la naturaleza, o por alguna otra razón, no he podido hacer mía la conclusión de Newman. Puedo entender perfectamente que hay un tipo de bondad que no es moral; como un sapo sano y bien crecido es "mejor" o "más perfecto" que un sapo de tres patas, o un arcángel es "mejor" que un ángel. En este sentido, un hombre inteligente es "mejor" que uno aburrido, o cualquier hombre que cualquier chimpancé. El problema viene cuando empezamos a preguntarnos cuánto de nuestro tiempo y energía quiere Dios que gastemos en ser "mejores" o "más perfectos" en este sentido. Si Newman tiene razón al decir que la cultura no tiene ninguna tendencia "a hacernos agradables a nuestro Hacedor", entonces la respuesta parecería ser: "Ninguna". Y ese es un punto de vista defendible: como si Dios dijera: "Tu grado *natural* de perfección, tu lugar en la cadena del ser, es asunto mío: haz lo que te he dejado explícitamente como tarea: la rectitud". Pero si Newman hubiera pensado esto, supongo que no habría escrito el discurso sobre "El conocimiento liberal su propio fin". Por otra parte, sería posible sostener (tal vez es bastante generalizado) que uno de los deberes morales de una criatura racional era alcanzar la más alta perfección no moral que pudiera. Pero si esto fuera así, entonces (a) El perfeccionamiento de la mente no sería "absolutamente distinto" de la virtud, sino parte del contenido de la virtud; y (b) Sería muy extraño que la Escritura y la tradición de la Iglesia tuvieran poco o nada que decir sobre este deber. Me temo que Newman ha dejado el problema en gran medida donde lo encontró. Ha aclarado nuestras mentes explicando que la cultura nos da una perfección "no moral". Pero sobre el verdadero problema —el de relacionar esos valores no morales con el deber o el interés de las criaturas que avanzan cada minuto hacia el cielo o el infierno— parece ayudar poco. La "sensibilidad" puede ser una perfección: pero si al hacerme sensible no complazco a Dios ni salvo mi alma, ¿por qué debería hacerme sensible? En efecto, ¿qué significa exactamente una "perfección" compatible con la pérdida total del fin para el que fui creado?

Mis investigaciones me dejaron la impresión de que no se podía devolver a la cultura el estatus que le había dado antes de mi conversión. Si había que construir algún caso constructivo para la cultura, tendría que ser de un tipo mucho más humilde; y toda la tradición de la infidelidad educada, desde Arnold hasta Scrutiny, me pareció que no era más que una fase de esa rebelión general contra Dios que comenzó en el siglo XVIII. En este estado de ánimo me puse a construir.

1. Empiezo por el nivel más bajo y menos ambicioso. Mi propio trabajo profesional, aunque condicionado por el gusto y los talentos, está inmediatamente motivado por la necesidad de

10 VII, p. 180.

11 IV, p. 100.

12 IV, p. 113.

ganarme la vida. Y sobre el hecho de ganarse la vida me alivió comprobar que el cristianismo, a pesar de sus elementos revolucionarios y apocalípticos, puede ser deliciosamente monótono. El Bautista no dio lecciones a los recaudadores de impuestos y a los soldados sobre la necesidad inmediata de poner patas arriba el sistema económico y militar del mundo antiguo; les dijo que obedecieran la ley moral—como presumiblemente habían aprendido de sus madres y enfermeras—y los envió de vuelta a sus trabajos. San Pablo aconsejó a los tesalonicenses que se dedicaran a su trabajo (I Tes. iv, II) y que no se convirtieran en personas ocupadas (2 Tes. iii, II). La necesidad de dinero es, por tanto, un motivo inocente, aunque en absoluto espléndido, para cualquier ocupación. A los efesios se les advierte que deben trabajar profesionalmente en algo que sea "bueno" (Ef. iv, 28). Esperaba que "bueno" aquí no significara mucho más que "inofensivo", y estaba seguro de que no implicaba nada muy elevado. Siempre que hubiera una demanda de cultura, y que ésta no fuera realmente perjudicial, concluí que estaba justificado ganarme la vida satisfaciendo esa demanda, y que todos los demás en mi posición (profesores, maestros de escuela, autores profesionales, críticos, revisores) estaban igualmente justificados; especialmente si, como yo, tenían poco o ningún talento para cualquier otra carrera, si su "vocación" a una profesión cultural consistía en el hecho bruto de no ser aptos para otra cosa.

2. Pero, ¿es la cultura incluso inofensiva? Ciertamente puede ser perjudicial y a menudo lo es. Si un cristiano se encontrara en la posición de quien inaugura una nueva sociedad *in vacuo*, podría decidir no introducir algo cuyo abuso es tan fácil y cuyo uso, en todo caso, no es necesario. Pero esa no es nuestra posición. El abuso de la cultura ya está ahí, y continuará tanto si los cristianos dejan de ser cultos como si no. Por lo tanto, probablemente sea mejor que en las filas de los "vendedores de cultura" haya algunos cristianos como antídoto. Incluso puede ser el deber de algunos cristianos ser vendedores de cultura. No es que haya dicho todavía nada que demuestre que incluso el uso lícito de la cultura sea muy elevado. El uso lícito podría no ser más que un placer inocente; pero si el abuso es común, la tarea de resistir ese abuso podría ser no sólo lícita sino obligatoria. Por lo tanto, podría decirse que las personas en mi posición están "trabajando la cosa que es buena" en un sentido más fuerte que el alcanzado en el último párrafo.

Para evitar malentendidos, debo añadir que cuando hablo de "resistir el abuso de la cultura" no quiero decir que un cristiano deba tomar dinero para suministrar una cosa (cultura) y utilizar la oportunidad así ganada para suministrar una cosa muy diferente (homilética y apologética). Eso es robar. La mera presencia de cristianos en las filas de los vendedores de cultura proporcionará inevitablemente un antídoto.

Se verá que ahora he llegado a algo muy parecido a la visión gregoriana de la cultura como arma. ¿Puedo ahora dar un paso más y encontrar alguna bondad intrínseca en la cultura por sí misma?

3. Cuando pregunto qué me ha aportado la cultura personalmente, la respuesta más evidente es que me ha proporcionado una enorme cantidad de placer. No tengo ninguna duda de que el placer es en sí mismo un bien y el dolor en sí mismo un mal; si no, toda la tradición cristiana sobre el cielo y el infierno y la pasión de nuestro Señor parece no tener sentido. El placer, entonces, es bueno; un placer "pecaminoso" significa un bien ofrecido, y aceptado, bajo condiciones que implican una violación de la ley moral. Los placeres de la cultura no están intrínsecamente ligados a tales condiciones, aunque, por supuesto, pueden ser fácilmente disfrutados de manera que las impliquen: A menudo, como vio Newman, son una excelente diversión de los placeres culpables. Por lo tanto, podemos disfrutar de ellos nosotros mismos, y lícitamente, incluso caritativamente, enseñar a otros a disfrutarlos.

Este punto de vista nos da cierta facilidad, aunque no satisfaría mucho a los editores de *Scrutiny*. En efecto, debería estar justificado propagar el buen gusto sobre la base de que el placer culto en las artes es más variado, intenso y duradero que el placer vulgar o "popular".¹³ Pero no deberíamos considerarlo meritorio. De hecho, por mucho que discrepemos de Bentham sobre el valor en general, tendríamos que ser benthamistas en la cuestión entre la chincheta y la poesía.

4. Ya se ha observado que los valores asumidos en la literatura rara vez son los del cristianismo. Algunos de los principales valores realmente implícitos en la literatura europea fueron descritos como (a) el honor, (b) el amor sexual, (c) la prosperidad material, (d) la contemplación panteísta de la naturaleza, (e) el *Sehnsucht* despertado por el pasado, lo remoto o lo sobrenatural (imaginado), (f) la liberación de los impulsos. Estos fueron llamados "subcristianos". Este es un término de desaprobación si los comparamos con los valores cristianos: pero si tomamos "subcristiano" como "inmediatamente subcristiano" (es decir, el nivel más alto de valor meramente natural que se encuentra inmediatamente por debajo del nivel más bajo de valor espiritual) puede ser un término de relativa aprobación. Algunos de los seis valores que he enumerado pueden ser subcristianos en este sentido (relativamente) bueno. Para (c) y (f) no puedo hacer ninguna defensa; siempre que sean aceptados por el lector con algo más que una "suspensión voluntaria de la incredulidad" deben empeorar. Pero las otras cuatro tienen dos filos. Puedo simbolizar lo que pienso de todas ellas con el aforismo "Cualquier camino para salir de Jerusalén debe ser también un camino para entrar en Jerusalén". Así:

(a) Para el cristiano perfeccionado el ideal del honor es simplemente una tentación. Su valor tiene una raíz mejor, y, al ser aprendido en Getsemaní, puede no tener ningún honor. Pero para el hombre que viene de abajo, el ideal de la caballería puede ser una escuela para el ideal del martirio. Galahad es el *hijo* de Launcelot.

(b) El camino descrito por Dante y Patmore es peligroso. Pero el mero animalismo, aunque se disfrace de "honestidad", "franqueza" o algo parecido, no es peligroso, sino fatal. Y no todos están capacitados para ser, incluso en lo sentimental, eunucos por el Reino. Para algunas almas el amor romántico también ha demostrado ser un maestro de escuela.¹⁴

(d) Hay una transición fácil del teísmo al panteísmo; pero también hay una bendita transición en la otra dirección. Para algunas almas creo, para la mía recuerdo, la contemplación Wordsworthiana puede ser la primera y más baja forma de reconocimiento de que hay algo fuera de nosotros que exige reverencia. Volver a los errores panteístas sobre la naturaleza de este algo sería, para un cristiano, muy malo. Pero una vez más, para "el hombre que viene de abajo" la experiencia Wordsworthiana es un avance. Aunque no vaya más lejos, ha escapado a la peor arrogancia del materialismo: si sigue adelante, se convertirá.

(e) Los peligros del *Sehnsucht* romántico son muy grandes. El erotismo e incluso el ocultismo están al acecho. Sobre este tema sólo puedo dar mi propia experiencia por lo que vale. Cuando nos convertimos por primera vez, supongo que pensamos sobre todo en nuestros pecados recientes; pero a medida que avanzamos, se revisa cada vez más el terrible pasado. En este proceso no he llegado (o todavía no he llegado) a un punto en el que pueda arrepentirme honestamente de mis primeras experiencias de *Seknsuckt* romántico. Que fueron ocasiones para mucho de lo que me arrepiento, está claro; pero todavía no puedo dejar de pensar que esto fue mi abuso de ellas, y que las

13 Si esto es cierto, como me gustaría creer pero nunca lo he visto probado.

14 Vea Charles Williams, *He Came Down from Heaven*.

experiencias mismas contenían, desde el principio, un elemento totalmente bueno. Sin ellas mi conversión habría sido más difícil.¹⁵

Me he detenido principalmente en ciertas clases de literatura, no porque piense que son los únicos elementos de la cultura que tienen este valor como maestros de escuela, sino porque los conozco mejor; y en la literatura más que en el arte y el conocimiento por la misma razón. Mi argumento general puede expresarse en términos ricardianos: que la cultura es un almacén de los mejores valores (subcristianos). Estos valores son en sí mismos del alma, no del espíritu. Pero Dios creó el alma. Por tanto, cabe esperar que sus valores contengan algún reflejo o antepasado de los valores espirituales. No salvarán a ningún hombre. Sólo se parecen a la vida regenerada como el afecto se parece a la caridad, o el honor a la virtud, o la luna al sol. Pero aunque "lo semejante no es lo mismo", es mejor que lo diferente. La imitación puede pasar a la iniciación. Para algunos es un buen comienzo. Para otros no lo es; la cultura no es el camino de todos hacia Jerusalén, y para algunos es el camino de salida.

Hay otra forma en la que puede predisponer a la conversión. La dificultad de convertir a un hombre inculto hoy en día radica en su complacencia. La ciencia popularizada, las convenciones o "no convenciones" de su círculo inmediato, los programas de los partidos, etc., le encierran en un pequeño universo sin ventanas que confunde con el único universo posible. No hay horizontes lejanos, ni misterios. Cree que todo está resuelto. Una persona culta, en cambio, está casi obligada a ser consciente de que la realidad es muy extraña y de que la verdad última, sea cual sea, *debe* tener las características de la extrañeza, debe ser algo que a los incultos les parecería remoto y fantástico. Por lo tanto, ya se han eliminado algunos obstáculos para la fe.

Sobre esta base, concluyo que la cultura tiene un papel distinto en llevar a ciertas almas a Cristo. No todas las almas: hay un camino más corto y más seguro que siempre han seguido miles de naturalezas afectivas sencillas que comienzan, donde nosotros esperamos terminar, con la devoción a la persona de Cristo.

¿Tiene algún papel que desempeñar en la vida de los conversos? Creo que sí, y en dos sentidos. (a) Si todos los valores culturales, en el camino hacia el cristianismo, fueron tenues antepasados y ectotipos de la verdad, podemos reconocerlos como tales todavía. Y ya que debemos descansar y jugar, ¿dónde podemos hacerlo mejor que aquí, en los suburbios de Jerusalén? Es lícito descansar los ojos a la luz de la luna, sobre todo ahora que sabemos de dónde viene, que no es más que la luz del sol de segunda mano.

(b) Si la vida puramente contemplativa es, o no, deseable para cualquiera, ciertamente no es la vocación de todos. La mayoría de los hombres deben glorificar a Dios haciendo para su gloria algo que no es en sí mismo un acto de glorificación, pero que se convierte en ello al ser ofrecido. Si, como ahora espero, las actividades culturales son inocentes e incluso útiles, entonces también (como el barrido de la habitación en el poema de Herbert) pueden hacerse al Señor. El trabajo de una mujer de limpieza y el trabajo de un poeta se vuelven espirituales de la misma manera y con la misma condición. No hay que volver a la visión arnoldiana o ricardiana. Dejemos de darnos aires. Si se argumenta que la "sensibilidad" que desea el Hermano Every es algo diferente de mi "cultura" o "buen gusto", debo responder que he elegido esas palabras como los términos más generales para algo que se concibe de manera diferente en cada época: "ingenio", "corrección", "imaginación" y

15 Estoy bastante dispuesto a describir la *Sehnsucht* como "religión derramada", siempre que no se olvide que las gotas derramadas pueden estar llenas de bendición para el inconverso que las lame y, por lo tanto, comienza a buscar la copa de donde fueron derramadas. Porque las gotas serán tomadas por algunos cuyos estómagos aún no están lo suficientemente sanos para el trago completo.

(ahora) "sensibilidad". Estos nombres, por supuesto, registran verdaderos cambios de opinión al respecto. Pero si se afirmara que la última concepción es tan diferente de todas sus predecesoras que ahora tenemos una situación radicalmente nueva—que mientras que el "ingenio" no era necesario para un cristiano del siglo XVII, la "sensibilidad" es necesaria para un cristiano del siglo XX—me resultaría muy difícil de creer. La "sensibilidad" es una potencialidad, por lo tanto neutral. No puede ser un fin para los cristianos más que la "experiencia". Si se cita a Filipenses i, 9 en mi contra, respondo que las delicadas discriminaciones se deben a la caridad, no a la experiencia crítica de los libros. Toda virtud es un *habitus*, es decir, una *buena* respuesta de stock. El Dr. Richards lo reconoce con toda franqueza cuando habla de las personas "atascadas por sus vicios o sus virtudes" (*op. cit.*, p. 52, la cursiva es mía). Pero queremos estar tan acosados. No quiero una sensibilidad que me muestre cuán diferente es cada tentación a la lujuria o a la cobardía de la anterior, cuán única, cuán insensible a las reglas generales. Lo que necesito adquirir es precisamente una respuesta de stock. Los teólogos morales, creo, nos dicen que debemos huir a la vista de las tentaciones a la fe o a la castidad. Si eso no es (en palabras del Dr. Richards) una respuesta "estándar", "estereotipada" y "convencional", no sé lo que es. De hecho, el nuevo ideal de "sensibilidad" me parece que presenta la cultura a los cristianos bajo una luz algo menos favorable que sus predecesores. La poética de Sidney sería mejor. Toda la escuela de pensamiento crítico que descende del Dr. Richards lleva marcas tan profundas de sus orígenes anticristianos que me pregunto si alguna vez podrá ser bautizada.

C. S. LEWIS.